

## RESEÑAS DE LIBROS

Mario Liverani. *El antiguo Oriente. Historia, sociedad y economía*, Barcelona, Crítica Grijalbo, 1995.

Realizar un libro de divulgación general con la intención de presentar los conocimientos históricos sobre el Cercano Oriente antiguo no es tarea fácil. El discurso vertido en el texto debe ser comprensible, incluso para el más neófito de los lectores, pero los problemas y discusiones propias de la disciplina también deben estar presentes, so pena de mostrar una falsa imagen de monumentalidad y "veracidad". Liverani cumple holgadamente con estos requisitos, y más aún, este libro constituye un verdadero balance del trabajo historiográfico de las últimas décadas, una herramienta indispensable incluso para todo especialista. Desde la edición de la obra de Paul Garelli, hace ya casi treinta años, no teníamos en nuestras manos una obra de estas características.

Dividido en apartados relacionados con la periodización clásica (Bronce Antiguo, Bronce Medio, etc.), con lo cual no es tan innovador como el libro de J.N. Postgate sobre la Mesopotamia antes del surgimiento de los imperios,<sup>1</sup> cada capítulo de esas secciones está ligado a los vaivenes de la política de esa época. Y esto es así porque Liverani piensa que las culturas tuvieron distintos focos y recorridos alternativos. De esta manera, en la mayor parte de los casos vemos en cada capítulo estructurarse un proyecto estatal determinado y caer bajo el impulso de factores endógenos y exógenos. Pero cuando se hace necesario mostrar un proceso en larga duración, Liverani también puede tratar un tema en continuidad a lo largo de dos o más capítulos consecutivos, como en el caso del primer tramo de la obra. Así, la obra de Liverani se ordena según una línea de tiempo ligada a los acontecimientos políticos, pero dicho orden adquiere su mayor significado por su relación con fenómenos de larga duración.

Los problemas teórico-metodológicos también se hacen presentes, para regocijo de quien escribe esta reseña. Hay muchas ideas interesantes en este libro de Mario Liverani, como tratar de echar por tierra ciertos presupuestos típicamente europeos de buscar en el Orien-

<sup>1</sup> J.N. Postgate. *Early Mesopotamia. Society and economy at the dawn of history*, Londres-Nueva York, Routledge, 1994.

te la contraparte del Occidente. La construcción de la "otredad" también ha funcionado con respecto al objeto de estudio, en este caso un objeto no contemporáneo, y Liverani recuerda poco cariñosamente los términos *despotismo oriental* o *pensamiento mágico*. Así también rechaza la idea de lo que él denomina "mito de los orígenes", que consiste en ver el antiguo Oriente como "cuna" de la civilización, pues tiende a construir un falso sentido unitario al desarrollo histórico mundial, marginando otras experiencias no menos importantes.

A tono con la trascendencia que han cobrado los estudios de ecología histórica, toda la argumentación histórica sobre la documentación existente se enlaza con el contexto geográfico. Por consiguiente, Liverani destaca la existencia de dos regiones muy distintas en la Mesopotamia, el norte y el sur, cada una de las cuales será testigo de la edificación de un modelo socioeconómico diferente, ligado a las posibilidades que otorgaba el medioambiente. Hay lugar, sin embargo, para la crítica. Por ejemplo, en el capítulo referente a la época de Mari increíblemente olvida, cuando describe las confederaciones tribales, a los Bene-Simalitas.

Las síntesis existentes sobre la historia del Medio Oriente antiguo solían evitar el debate metodológico, con el riesgo de que el lector quedara insatisfecho por no poder entender más a fondo los procesos. Se pensó que al neófito nada le interesan las discusiones teóricas, lo cual en parte es cierto. Pero con esta obra Liverani demuestra que, con el lenguaje acertado, un historiador puede escribir sobre *problemas* de fondo sin que parezca que se lo haya propuesto. Y ése es el mérito de un buen historiador.

En suma, una obra muy recomendable y fundamental para entender las culturas del Cercano Oriente antiguo.

DIEGO BARREYRA

Joseph Y.S. Cheng (ed.), *China Review: 1998*, Hong Kong, The Chinese University Press, 1998.

Esta obra forma parte de la serie "China Review" publicada por la Universidad China de Hong Kong desde 1991. La presente edición, a lo largo de 21 artículos, revisa lo que el comité editor considera los temas y problemas más importantes que enfrentó China en 1997. Para ellos ese año, a pesar de ciertas dificultades, fue exitoso para el liderazgo y estuvo marcado por tres grandes eventos: la muerte de

Deng Xiaoping, el traspaso de Hong Kong y la celebración del XV Congreso del Partido Comunista que consolidó definitivamente a Jiang Zemin como el nuevo líder chino.

De manera general, cabe mencionar que los diferentes temas y problemas aquí tratados hacen eco a las grandes cuestiones que normalmente los occidentales se plantean sobre China: las reformas políticas y económicas, las relaciones internacionales y los derechos humanos. Algunos autores rastrean el surgimiento de una incipiente sociedad civil y de una naciente democracia, tanto en las relaciones del centro con las provincias como en los sistemas locales de elección popular y los comités de aldea. Económicamente, el énfasis está puesto sobre la reforma de las empresas estatales, que marcaron la pauta de los cambios económicos durante este año. La política exterior, la seguridad nacional y el reacomodo geopolítico son de las materias más atractivas para algunos escritores, aunque están salpicadas de propuestas teóricas y análisis de prospectiva que a veces resultan cansados. Aun así, todos coinciden en que la denominada “estrategia defensiva china” —que busca establecer un ambiente internacional pacífico que le permita concentrarse en su propio desarrollo económico— fue exitosa en ese año, pues se alcanzaron una serie de acuerdos de cooperación y desarme con Rusia y los países de Asia Central, así como un mayor acercamiento con los países del Pacífico y Japón. Finalmente, el mayor logro internacional de China fue la visita de Jiang Zemin a Estados Unidos en octubre. Sin embargo, el ambiente triunfalista exterior, fue opacado por las críticas a la violación de los derechos humanos de los residentes Uigures de Yinin en el Xinjiang y por el supuesto genocidio cultural implantado en el Tíbet y aparentemente corroborado tanto por la visita secreta del senador estadounidense Frank Wolf y el reporte de la Comisión Internacional de Juristas. Sin embargo, tanto el artículo de Weixing Chen sobre el nuevo discurso ideológico chino como el de Kam Louie y Chiu-yee Cheung sobre los problemas culturales de la actualidad, llamaron mucho atención porque más que proponer una explicación occidentalizada del mundo chino tratan de recrear el debate reciente en China sobre estos tópicos. Desde la celebración del XV Congreso del Partido Comunista Chino, se planteó nuevamente un problema ya añejo, la “contaminación espiritual” y la “construcción de una sociedad espiritual socialista” como las únicas alternativas a toda la serie de ideas “decaedentes” importadas de Occidente que han acompañado al proceso de liberalización. En 1996, en el documento sobre las “Resoluciones del Comité Central del Partido Comunista Chino en relación de las cuestiones importantes para la promoción de un progreso cultural y éti-

co” se afirmaba que la promoción de la apertura económica no significaba “[...] permitir al mercado cultural, una fuerza tan importante en la construcción de la civilización espiritual socialista, convertirse en una arena donde la ideología y la cultura decadentes puedan crecer y esparcirse”. Por ello, en mayo de 1997, el Comité para la Construcción de la Civilización Espiritual Socialista tuvo su primera sesión plenaria buscando encontrarle una solución a la crisis cultural. Desde la perspectiva del debate cultural chino, las causas de la misma se localizan en varios factores: degeneración moral y la pérdida de la fe en los esquemas morales y políticos, particularmente entre los escritores, que se dedican a la comercialización de la cultura; cambio del papel y el estatus de los intelectuales chinos; vacío moral dejado por la Revolución cultural, y, finalmente, la tradición china que carece de un verdadero “espíritu del humanismo”.

La élite oficial ha tratado de llenar ese vacío moral e ideológico a través de la recién declarada —durante el XV Congreso— “teoría de Deng Xiaoping”, cuya bandera cultural dentro del “socialismo con características chinas” es, precisamente, la susodicha civilización espiritual socialista. Sin embargo, ésta nunca se ha constituido como una ideología de la reforma, sino más bien como un instrumento político para atacar a la “liberalización burguesa y sus ideas decadentes”, o para enfatizar la disciplina, el colectivismo o el patriotismo, como lo demostraron tanto la campaña en contra de la contaminación espiritual de 1983 a 1985 como la campaña de educación ideológica socialista de 1990 a 1992 después del incidente de Tiananmen.

Ante la inexistencia de una ideología oficial con suficiente legitimidad para reconstruir a la cultura china, en los círculos culturales se ha desarrollado todo un debate alrededor del “espíritu del humanismo” como una alternativa de reconstrucción cultural. La pregunta que se han planteado los diferentes grupos es ¿qué es el espíritu del humanismo en el contexto chino?

Las respuestas han surgido principalmente de cuatro grupos: los seguidores de la tradición crítica del 4 de mayo que buscan una definición acorde con el humanismo en Occidente; el grupo de la generación de los Guardias Rojos, que pretenden revivir el espíritu del romanticismo revolucionario como única alternativa ante la crisis; el grupo de los neomarxistas, que critican la manera en que se ha presentado el marxismo en Occidente —en especial desde la escuela de Frankfurt— y que piden un socialismo democrático; y finalmente, el grupo de los neoconfucianos, quienes tratan de “revivir” el ideal humanista de la tradición china y crear una especie de nacionalismo cultural. La sensación que queda de estos debates no sólo es la ansie-

dad de las élites culturales de autodefinir su cultura frente a la penetración occidental, sino también cierto grado de tensión y lucha entre las élites oficiales y las élites culturales por el "liderazgo espiritual" chino.

En suma, esta obra es recomendable como una buena reseña a la problemática que China esta enfrentando en la década de los noventa aunque, como ya se ha dicho, presenta cierta perspectiva que acentúa la influencia de Occidente en la China contemporánea. Sin embargo, me parece que las ideas no viajan en un solo sentido y que este tipo de reseñas deberían mencionar el impacto en sentido contrario.

ALEJANDRO ALCALDE MÉNDEZ

Joseph Y.S. Cheng (ed.), *China in the Post-Deng era*, Hong Kong, The Chinese University Press, 1998, 707 pp.

La institucionalización del poder bajo un solo hombre que había caracterizado la etapa maoísta y denguista, empezó a desmantelarse desde los últimos años de vida del propio Deng Xiaoping. Al mismo tiempo los mecanismos para la sucesión no eran claros y estaba en juego la continuidad en las reformas que se habían iniciado desde finales de los años setenta. La situación interna que se vivía entonces, aunado al entorno internacional, es decir, a la caída del bloque socialista en Europa, provocó, dentro de los círculos intelectuales, gran consternación e incertidumbre respecto al futuro de la República Popular China.

*China in the Post Deng era*, nos presenta la visión de un grupo de estudiosos, principalmente de origen kongkones, sobre los diversos aspectos y temas que conforman el aparato económico político y social de la República Popular China y que reflejan de una u otra manera los temores o incertidumbres que surgen de su propia experiencia, a partir de la entonces próxima reunificación de Hong Kong y China.

Qué ha pasado en la política, en la economía y en la sociedad desde el inicio de las reformas hasta 1997, qué problemas o éxitos se han obtenido de las grandes o pequeñas transformaciones que se han llevado a cabo y cuáles son las sugerencias o recomendaciones que brindan los autores para no entorpecer el desarrollo del país, son los planteamientos principales.

Dentro de las tres grandes divisiones, del capítulo 2 al 10 se abordan diversos temas relacionados con el sistema político. A partir del

XIV Congreso en 1992, Deng dio paso a lo que sería denominado el liderazgo colectivo en donde el voto de los siete miembros del Comité Central Permanente que pertenecían a distintas corrientes, tendría el mismo peso. Esto representó el fin del liderazgo único, y a pesar de que la línea de los neoconservadores dominó sobre la de los radicales, se obtuvo preservar la estabilidad y el orden que se encontraban bastante endeblados por la pugna entre las diferentes fracciones que habían surgido a partir de que se implementaron las reformas económicas.

Entre las principales reformas políticas que hasta entonces se habían tratado de llevar a cabo se encuentran la separación entre el partido y el gobierno, el adelgazamiento de la estructura del gobierno y la descentralización, la separación del ejército y del partido, y la inclusión de algunos elementos no alineados al Partido Comunista. Lamentablemente hasta 1995 en que Deng salió de pantalla, estos problemas básicos permanecieron sin resolverse.

A partir de las reformas surgen nuevas tendencias ideológicas como respuesta a los cambios que se habían venido dando, y es responsabilidad del partido mantener la coherencia entre las bases ideológica y la realidad; como consecuencia, y en un intento por adaptarse a las nuevas circunstancias, surgen nuevas interpretaciones del socialismo y se explotan otras fórmulas como el llamado neonacionalismo.

La incuestionable permanencia del Partido Comunista chino en el poder es compartida por diversos autores, y dentro de este contexto cabe destacar el artículo de Graham Young (capítulo 5), que de manera muy descriptiva pone en evidencia los vicios y errores que permean todo el aparato burocrático y del partido, advirtiendo que el discurso político se ha transformado en mera retórica.

En el ámbito interno ahora el partido apuesta al desarrollo económico como medio para sustentar su poder. En el ámbito externo, dentro de la política exterior, China ha tratado de mantener una postura pacifista basada en los cinco principios de coexistencia pacífica, llevando a cabo una política diplomática ampliada que tiene como objetivo proteger el desarrollo económico. El tema de Taiwán sigue siendo un punto delicado, y en los últimos años en lugar de una política agresiva se han tomado nuevas estrategias que conduzcan finalmente a la reunificación.

Del capítulo 11 al 16 se tratan aspectos relacionados con la economía. El desarrollo económico que ha tenido China en los últimos años ha sido sorprendente, no únicamente en términos macroeconómicos sino reflejados en el nivel de vida de la población. China es uno de los países con crecimiento económico más rápido; de las transformaciones más grandes que se han llevado a cabo destaca la transición

de una economía planificada hacia una economía de mercado. Si bien es cierto que el Estado aún mantiene un papel determinante en la planeación, particularmente a través de la propiedad sobre una parte importante del sector productivo, lo cierto es que se han liberalizado las fuerzas productivas, permitiendo un desarrollo más dinámico de la economía.

Las reformas económicas se han llevado a cabo tanto en la agricultura como en la industria, pero principalmente en el comercio. La política de puertas abiertas, ha sido la base de esta transformación y le ha permitido a China insertarse de manera dinámica dentro del mercado internacional. El objetivo principal de esta política de puertas abiertas ha sido el de atraer inversión y tecnología de punta, que son herramientas indispensables para la modernización del país. Por otra parte, el deseo de China de ingresar a la Organización Mundial de Comercio ha puesto al país bajo estricta vigilancia, y las presiones que se le han impuesto explican muchas de las reformas que se han instituido.

Pero en este proceso de transformación se han generado muchos cuellos de botella que han desalentado el desarrollo económico del país. Aún es necesario llevar más allá las reformas económicas, especialmente en las empresas estatales, en el sistema bancario, en el establecimiento de políticas claras para la inversión y el comercio exterior y en liberalizar el tipo de cambio.

Las reformas económicas no han carecido de desaciertos; el aparato de seguridad social, del cual gozaba la población, se ha venido desmantelando cada vez más, la brecha entre ricos y pobres se ha profundizado, el desarrollo se ha concentrado particularmente en las zonas costeras, etc. En general, ha surgido un gran número de problemas que antes eran inexistentes dentro de la sociedad y donde el gobierno debe prestar mayor atención para preservar la estabilidad del país.

Del capítulo 17 al 23 se abordan temas sociales que van desde las relaciones laborales hasta la emancipación de la mujer. Dentro de este apartado, cabe destacar el artículo de Siu Yat-ming que analiza el desajuste en la estructura de población de China, refiriéndose principalmente a la brecha en el nacimiento entre hombres y mujeres. La composición actual de un mayor número de hombres que de mujeres encuentra sus orígenes en una estrecha vinculación entre la política de un solo hijo y la cultura china. No sólo el envejecimiento de la población es un grave problema, sino también este desajuste en el balance de sexos.

